

**XXV Pregón para la presentación del Cartel
de la Semana Santa 2025**

**Santo Entierro de Cristo y María Santísima de
las Angustias**

Iglesia de Santa María del Reposo

Campillos, 15 de marzo de 2025

María Gallardo Rueda

Hermana de la Cofradía

Buenas noches.

Reverendo cura párroco, distinguidas autoridades civiles y militares, queridos Hermano Mayor y Mayordomo, miembros de las Juntas Directiva y de Gobierno, representantes de otras Cofradías, miembros de mi familia y demás amigos que esta noche habéis acudido a la iglesia de Santa María del Reposo.

Mi primer agradecimiento es para el Coro Santa María del Reposo, el mío. Con el que tantos años he compartido buenos momentos y al que siento como mi familia. Gracias por darme la entrada esta noche con vuestras voces y cariño, que es mutuo.

Muchas gracias, Salvador, por tus amables palabras de presentación que son muestra del cariño que se tienen nuestras familias desde hace muchos años. Hemos vivido literalmente a la vuelta de la esquina, guardo un buen recuerdo de tus padres, y os he visto crecer a vosotros cuatro y haceros buenas personas para orgullo de los mayores. Pasar por delante de mi casa es obligado viniendo de la calle Molinos, y te recuerdo desde que eras niño pasando y saludando, tan guapo y con esa alegría en la cara. Muchas gracias.

Cuando el once de octubre por la tarde noche Pedro Gallardo llamó a la puerta de mi casa no me sorprendió, aunque venía escoltado por Alfonso Casasola.

Ni viniendo acompañado podía yo pensar que se tratara de una encerrona de esas que ellos gastan en la Hermandad.

“Venimos a hablar contigo”, dijeron.

Pues nada, pasad.

A mí no se me ocurría de qué podían querer hablar conmigo, pero en fin, ya sabéis el dicho de que *“por saber noticias no os matéis...”*, y yo a mi edad no me altero fácilmente.

“Estáis locos, qué disparate...”

Hay mucha gente con preparación en la Hermandad para hacer eso y no yo...

Hay muchos hermanos más comprometidos que yo...".

Esas fueron algunas de mis objeciones.

Pero ellos, lógicamente, venían con el diálogo preparado: *"No importa la gente que haya, te toca a ti..."*

No elegimos al pregonero por su preparación...

Además, a los otros ya les tocará...

Esta vez queremos que seas tú quien nos cuentes..."

Y así, para cada objeción mía, un argumento suyo.

Lo cierto es que los dos niños se marcharon con la tranquilidad de haber hecho el encargo, el “*mandao*”, como se dice en Campillos. Quizás es que yo ya no me altero por casi nada, lo he dicho antes. Solo por lo importante, que ya son muy pocas cosas. Pero esto lo es.

Tomo este encargo con seriedad y responsabilidad. Pero pienso que acepté porque me lo habéis hecho ahora; hace unos años os habría dicho que no.

Y de hecho aquí estoy.

Eso sí, les dije que yo iba a hacer lo que puedo hacer.

Pregonar es muy difícil y no está a mi alcance a esta edad. Voy a hablar de mi vida y mi relación con la Hermandad del Santo Entierro, que es prácticamente mi relación con la Semana Santa.

Porque al igual que la mayoría de las personas de mi generación, mi Semana Santa ha sido siempre exclusivamente la de Campillos.

No se concebía o apenas se conocían detalles de otras. Mi Semana Santa empezaba el Jueves Santo y terminaba al día siguiente,

Viernes Santo. Después se amplió al Domingo de Ramos y al Miércoles Santo y ha cogido un auge que la ha hecho preciosa.

Pero inicialmente se limitó a estas tres Cofradías: Cristo, Jesús y Entierro, que con esos cortos y sencillos nombres se las conocía en este pueblo. Pero como todo campillero de mi época no se concebía una Semana Santa sin estas procesiones. De alguna manera, todo en Campillos giraba alrededor de las Cofradías.

Sobre todo al principio, porque yo nací en el 41, en la postguerra y aunque os resulte difícil pensarlo, las Hermandades entonces no tenían dinero, patrimonio y alegría como ahora.

No podían ni soñar con llevar:

- un cortejo de centenares de nazarenos con túnicas impecables,

- setenta u ochenta mantillas con escapulario y vara de plata,

- varias bandas de música y no un tambor y una trompeta repitiendo las mismas marchas al lado del “santo”;

- dos majestuosos tronos llevados por un centenar de hombres cada uno, y no unas andas llevadas por un puñado de esforzados voluntarios.

Haced un esfuerzo por imaginar aquellas noches.

Y no solo eso, sino salir de una casa propia, una linda casa coronando el pueblo, enfrente de la vieja casa donde vivía la familia de Luisa Jimón y Juan Gallardo, que estaban al cuidado de los enseres de la Cofradía. Ahora es un bello columbario donde descansaremos algún día.

De aquella Semana Santa a esta han pasado ochenta años y un mundo. Parece mentira en lo que se ha convertido la Hermandad en una vida. Yo he tenido la suerte de que sea en la mía y poder disfrutar de lo que habéis hecho de esta Archicofradía.

En ochenta años nuestra Hermandad y las demás, han pasado de tener lo justito para salir el Viernes Santo a una enorme capacidad.

Capacidad económica, pero también humana, que es lo que yo más admiro de esta Hermandad: el gran grupo de personas y ese buen ambiente que se respira. Y el respeto a nuestra esencia, que la lleváis siempre por

delante para que no se pierda. Así podéis y
podréis con todo.

En mi familia hubo dos ramas bien diferenciadas. Por una parte, la de mi padre, Alonso Gallardo Albarrán. Él era del Santo Cristo y la Virgen de los Dolores, aunque no estaba involucrado en la Hermandad.

Mi padre dejó precisamente aquí una bonita huella de su paso por el mundo. Después de la guerra hubo en Campillos un cura, don Cesáreo, que tuvo que hacer frente a la reparación de esta iglesia con pocos recursos, como podéis imaginar. Y, claro, pensó en encargar la reparación de las cornisas y molduras que hay en las alturas de todo el templo, pero encargarlo a artistas era

inasequible para la parroquia. Entonces alguien le habló de un joven albañil que hacía trabajos primorosos, de modo que habló con él y este se comprometió. Ese albañil no era otro que Alonso Gallardo, mi querido padre, que con su ingenio y escasos recursos, reparó todo esto.

Yo esta historia la sabía por haberla escuchado de joven en mi casa. Pero hace varios años, uno paisano que estaba trabajando en la capilla del Cristo me dio una sorpresa: me dijo que dentro de una hornacina que no se podía ver desde el suelo, estaba la firma de mi padre. Y que había más. Después, me dio una de esas firmas recortada en yeso. Fue muy

emocionante para mí tenerla en las manos
después de casi un siglo de aquel trabajo de
artista.

Por otra parte, estaba la rama de mi madre, Juana María Rueda Romero, que era del Santo Entierro. Esta rama fue la que agarró en mí, como es evidente. Por razones que después contaré, desde pequeña sentí más atracción por esta Hermandad.

Cuando éramos niños, mi madre, como de costumbre, nos arreglaba los domingos e íbamos a misa, después recorriamos a las amistades, y a una señora que se llamaba Brígida, que estaba incapacitada y vivía en una habitación en la calle Salgueros. Ella era muy devota de la Virgen de Fátima y tenía allí su Imagen, y todos los niños del pueblo la

visitábamos y nos recibía con cariño. Al lado vivían unas amigas de mi familia que se llamaban Anita Romero y Carmen Llamas, su madre, y esta le dijo un día a mi hermano Miguel:

<<Qué bonito eres, que pareces un San Luis>>,

A lo que mi hermano le respondió muy serio:

<<No, yo soy del Santo Entierro de Cristo>>.

Miguel por desgracia ya no está con nosotros.

También tengo que hablar de mi marido, Paco Carbonero, a quien todos vosotros conocisteis. Él perteneció desde que nació a la Hermandad de Jesús Nazareno, y estuvo muy implicado en los órganos de gobierno y directiva de la Cofradía. Sin embargo, eso no hizo que tuviéramos nunca ninguna tensión en casa: él era muy de Jesús y muy activo en su Hermandad, y yo era muy del Entierro, aunque lo llevaba con mucha discreción. Él llevaba a nuestros hijos con la Hermandad el Viernes por la mañana vestidos con la túnica morada, y yo no he necesitado inculcarles nada para que también les corra sentimiento enterrista por las venas.

Pero nunca he concebido que existan rivalidades entre hermandades, porque si somos buenos cristianos hemos de tener presente que se trata de representar la vida y pasión de nuestro único Señor Jesucristo.

Creo que finalmente nos ha quedado bien; Paco llevó alguna vez la Virgen de las Angustias, Gloria vistió de mantilla y capirote conmigo, José Miguel hizo fila varios años y después siguió llevando el Sepulcro cinco años más, e Inmaculada vistió muchas veces la túnica de hermana y ya ha lucido la mantilla negra sobre peina en muchas ocasiones. Lo

que tiene mucho mérito después de una cansada Mañana de Jesús.

Yo, como he dicho, “salí” del Entierro. Me vino por mi abuelo, Juan Rueda Casasola, y por mi madre, Juana María Rueda Romero. Ellos me decían haber vestido la túnica desde jóvenes. Pero es que, además, en la casa de al lado nuestra vivían mis tías Rosario Rueda, hermana de mi abuelo, y su hija Catalina Mesa Rueda. Se dio la triste circunstancia de que ambas eran viudas de guerra.

Valoren ustedes el caso: a cada una de ellas le mató el marido un bando distinto. Es decir, en la misma casa la sinrazón completa

de la guerra. A esto me refería cuando he dicho que faltaba la alegría que hoy hay en las Cofradías porque era una época de reconstruir no solo su patrimonio material, sino también el moral.

Esa vecindad, lógicamente, reforzó mi inclinación, porque yo en la casa de mis tías veía mucha actividad cuando se acercaba la Semana Santa.

Recuerdo cómo Luisa madre e hija limpiaban allí, en el patio, con agua caliente, las tulipas de cristal que entonces llevaban los hermanos en vez de velas sencillas. Los nazarenos llevábamos esas tulipas o bien una

bandera apoyada en el cuadril; las llevábamos uno cada enser; es decir, uno con tulipa y otro con bandera, y quedaba un cortejo muy ordenado y elegante.

En casa de mis tías también se repartían las túnicas cada año, y como es natural, yo tenía túnica cada Semana Santa. Es más, yo me llevaba algunas amigas que se vestían, aunque no fueran de la Cofradía. Nos vestíamos con mucha ilusión y jamás nos salimos de la fila, aunque nos lloviera casi todos aquellos años.

Mi tía Catalina vestía a la Virgen de las Angustias con Telesfora Caballero. La vestían en la casa de la calle Real, la que fue de Juan

José Carrasco y que en aquel tiempo era de don Juan Campos Pérez y doña Concha Palop. La vestían con mucha ceremonia y respeto.

Tapada con una cortina, le pasaban los atavíos con una caña para que no se la viera hasta que estuviera completamente vestida. Recuerdo que mi tía me decía que, al terminar de vestirla, le cantaba una antigua saeta que decía: *“María, subiste al cielo a cambiar tu manto azul por uno de seda negro para el luto de Jesús”*. Ella me insistía para que yo se la cantara a la Virgen cuando pasa por delante de mi casa, pero a mí me daba mucha vergüenza y nunca lo hice.

Como detalle precioso, Juan José, que desgraciadamente nos ha dejado en noviembre, enmarcó la letra de otra saeta que también le cantaba ella en la sala donde se realizaba tan digna y sagrada labor, que después recuerdo que continuaron mi buena amiga Anita Guerrero Galeote y Amalia Escobar Palop.

Como he dicho al principio, mi colaboración con la Hermandad siempre ha sido humilde. No he pertenecido a Junta alguna. He sido pedidora con la bolsa con mis amigas Pilar Carrasco y Ana Guerrero Baca. He limpiado plata, cómo no. Y me he vestido de mantilla muchos años, mientras mi marido estuvo bien.

Por cierto, un año me acompañó mi hija Gloria y nos llovió sin parar, desde la esquina de la calle Guzmanes. Pero, como a eso estamos hechos desde niños, aguantamos junto a nuestros Sagrados Titulares hasta encerrar la procesión. Después, por cierto, no cogimos ninguna pulmonía.

No quiero dejar de mencionar que en ese ramillete de mantillas que acompañaba a nuestra Virgen de las Angustias iban mi prima Catalina Gallardo Casasola, a quien por cierto su marido Silvestre del Río la grababa en vídeo durante todo el recorrido. Mi amiga Lucía Sánchez, Rosario Armero, Antonia Torres, que su marido Jacinto ordenaba y mantenía el orden de todas las mantillas durante el recorrido.

Ahora vamos a proceder a descubrir el Cartel.

Pedro, por favor.

Quiero agradecer en mi nombre y el de toda nuestra Hermandad, la labor de nuestro querido Juan Carlos Padilla, que cada año con su inspiración y su objetivo nos capta la infinita belleza de las esculturas que Navas Parejo y Palma Burgos nos dejaron para goce y deleite de todos los que vamos pasando por esta vida.

Querida madre, Virgen de las Angustias, has sido para mí una guía en la oscuridad y un refugio en las tormentas de la vida. Mi devoción y amor hacía ti me han dado la serenidad y la fortaleza suficientes para sobrellevar las dificultades que la vida me ha traído.

Me ayudaste a sobrellevar junto a mi madre la enfermedad prematura de mi querido padre, y después me diste la templanza necesaria para ser el incansable apoyo a mi esposo, todos los días de nuestra vida juntos.

Has sido mi refugio en horas de desconsuelo y mi faro en la oscuridad. Siempre me has guiado con tu bendita luz hacia la

esperanza, me has llenado de dones inmateriales y me has bendecido con la capacidad para amar y apreciar todo lo bueno que nos rodea, la rosa y las espinas.

Mi Virgen de las Angustias vino de Granada, donde la tallaron. Allí, como en el resto de Andalucía, agarró con fuerza su devoción en el siglo XVI, y se afincó en la Puebla de Campillos en esos mismos años.

Siempre tuve una especial inclinación hacia la Imagen de nuestra Virgen. Su rostro nos muestra un momento de dolor intenso, el más intenso que se puede padecer. Sin embargo, es un dolor sereno el que se ve en su semblante.

Un dolor aceptado que Navas Parejo plasmó en la mirada dulce y la expresión noble.

En su quinta angustia, María mira al cielo rezando. Todo se ha cumplido y ahora su niño yace en su regazo con cinco llagas en el cuerpo y el rostro agotado de sufrir. Te han entregado el cuerpo maltrecho, después de golpearlo, herirlo, crucificarlo y atravesarlo Longinos con su lanza. Ya solo le espera el sudario que mece el viento cuando vas tras Él en la noche del Viernes Santo.

Y tú, Madre, lo aceptas todo con resignación y fe. Una vez más, desde la anunciación hasta

la cruz, treinta y tres años después: *“hágase, Señor, según tu voluntad”*.

 Mi adorada Virgen de las Angustias, siempre me he embelesado mirándote a la cara, y la emoción ha enternecido mi corazón hasta el punto de brotarme lágrimas al pensar y comprender el gran dolor que tu preciosa mirada desprende, llevando a tu hijo en tu lindo regazo, y sosteniendo con tus inmaculadas manos al niño que llevaste en tus entrañas desvanecido y sin vida. Y más dolor aún, sabiendo que murió para salvar a la humanidad de tantos pecados.

Yo te pido, mi Santa Madre, que intercedas por nosotros para sacarnos de las miserias del mundo; para que no exista el odio en nuestros corazones y derrames sobre nosotros el verdadero amor como buenos hermanos en Cristo.

Señor Jesús, gracias por cuánto soy, siento, creo y tengo.

Gracias por la fe que me has regalado y que ando intentando descubrir y vivir cada día un poco más.

Gracias por mi vocación a la vida y por mi pasión por tu Reino.

Gracias por cuidar cada día de mí y por estar siempre esperándome.

Señor Jesús, hoy te pido que yo sea de los que tienen y lo ponen todo a disposición de los demás.

Ser de los que viven comprometidos con las causas justas y entregados a todo lo que restituya dignidad y haga más feliz a la gente.

Que no deje nunca por desidia o comodidad, de multiplicar lo que he recibido de ti, y transmitirlo para que llegue cada vez a más personas.

¡Señor y Dios mío! Cuando la noche del Viernes Santo desde mi humilde puerta veo

cómo subes la calle San Sebastián y detrás tu amadísima Madre, es para mí una emoción y un sentimiento que no puedo expresar con palabras.

Acaso lo expresaría mejor acompañándolas de una entonación, con aquella letra antigua que me enseñó mi tía y que te cantaban al vestirte para las noches de Viernes Santo.

Madre mía de las Angustias, hoy, aunque con la voz ya gastada, voy a cumplir lo que nunca me atreví, esperando recibir tu bendición.

María, subiste al cielo a cambiar tu manto azul por uno de seda negro para el luto de Jesús.

He dicho.